

Editorial J.E.P.

DENNIS O'KEEFE
MARY MEADE



**BRIGADA
SUICIDA**





BRIGADA
SUICIDA

PRIMER CAPITULO
EL MUNDO DE LA MUJER
CAPITULO II



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 27 06 57
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 767 - BARCELONA - Teléfono 70637
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbieri, 16, Barcelona - Turner, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XVIII

SERIE ESPECIAL

NÚM. 158

NÚM. 407

BRIGADA SUICIDA

EDITORIAL ALAS se complace en ofrecer a sus lectores el argumento de una película que tiene, entre otras muchas, la cualidad de dar unas características inéditas y vigorosas a las que, con la denominación de películas de gangsters, han sido hasta ahora proyectadas. Se trata del relato de una acción inteligente, audaz y decidida, llevada a cabo contra una banda de falsificadores por parte de unos agentes que, poniendo constantemente sus vidas en peligro, supieron hacer honor al título que, a través de una larga y brillante ejecutoria, ha merecido y confirmado su grupo a cada momento: el de BRIGADA SUICIDA, título que condensa la emoción y el interés de esta gran producción cinematográfica.

SELECCIONES
CAPITOLIO



Provenza, 292

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

DENNIS O'KEFFE

Mary Meade

Alfred Ryder

Wally Ford

June Lockhart

Charles Mc Graw

Director:

ANTHONY MANN

Productor:

AUBREY SCHENCK

Adaptación de

Alfredo de Heredia



EN BUSCA DE UNA BANDA

En el Capitolio de los Estados Unidos, existe un negociado que cuenta con siglo y medio de existencia, pues fué instituido bajo la presidencia de Jorge Washington, el año 1789. Se trata del Departamento del Tesoro.

Al servicio de este famoso y eficaz departamento, trabajan los agentes ejecutivos de la Ley, encargados de perseguir a sus infractores. La difícil tarea está encomendada a seis unidades de fuerzas disciplinadas: la «Intelligence Unit», que vela por el cumplimiento de las leyes tributarias; el Servicio de Aduanas, con su filial; la Brigada de Fronteras, para la represión del contrabando; el Negociado de Narcóticos, el Servicio Secreto, que protege al Presidente y persigue a los falsificadores; el de Agentes Ejecutivos del impuesto sobre el alcohol y el de Guarda Costas. Estas seis organizaciones constituyen, por así decirlo, el brazo protector del Departamento del Tesoro, y en efecto hace honor a esta denominación, pues el sesenta y cuatro por ciento de los delincuentes que cumplen condena en las penitenciarías fede-

rales de los Estados Unidos, fueron detenidos por elementos de este importante grupo.

Para que vean nuestros lectores cómo actúan estos diligentes funcionarios y cuál es su valiosa cooperación, vamos a relatarles un complicado caso: el del papel de Sanghai. Un vasto plan fué desbaratado como unos años antes se desbarató el de Al Capone. Como éste, el de los falsificadores de moneda, al que nos referiremos, fué asunto muy difícil y obligó a los agentes del Departamento a una labor de zapa, llena de peligros.

El caso se inició en Los Angeles, en un distrito cercano al boulevard de Santa Mónica. Un agente del Servicio Secreto había concertado una entrevista con un confidente del hampa, el cual le prometió proporcionarle una muestra en blanco del papel que usaba la banda de falsificadores.

Dispuesto a cumplir con su deber, el agente se presentó en el lugar. Era de noche y todo estaba sumido en el silencio más profundo. El valiente funcionario deslizóse, sin hacer el más leve ruido, a lo largo de la pared de la solitaria calle. Apostado en una esquina, y protegido por la sombra de un vasto edificio, el confidente le esperaba. Pero, de pronto...

Cuando los dos hombres estaban tan sólo separados por un centenar de metros, un disparo rompió el silencio de la noche y del lugar. El confidente se desplomó pesadamente.

Sacando su pistola, el agente se echó a correr hacia la víctima, dispuesto a perseguir al agresor, pero éste, que tenía preparada la coartada, subió rápidamente en un coche, cuya presencia no había advertido el funcionario, y se escapó a toda prisa. Renació el silencio.

La entrevista entre el agente del Departamento del Tesoro

y el confidente no se pudo celebrar. Su muerte había sido instantánea.

Después de informar debidamente del asesinato a la policía de Los Angeles, el agente se presentó en la oficina local del Servicio Secreto instalada en el edificio federal.

—Estamos de malos — exclamó, visiblemente preocupado, el comisario Gregg dirigiéndose al agente Nesbitt —. Este asesinato nos traerá de cabeza. ¿Qué se sabe de la víctima?

—Poco cosa, jefe. Era un rufián, un chivato, apodado «El Corto», confidente profesional. Se había comprometido a proporcionarnos una muestra del papel que utilizan los falsificadores. Sólo nos hubiera costado quinientos dólares, pero... lo quitaron de en medio.

—Buena, Nesbitt. Ande usted con cuidado, pues si descubrieran al confidente, es posible que le descubrieran a usted también.

—Tal vez no, Gregg.

—¿Cualquiera lo sabe? Smith llegó lejos, pero fracasó, y por poco le cuesta la vida; Bathlotti fue más lejos todavía y tampoco lo contó. Usted ha avanzado más que ellos y, ya lo ve usted, seguimos igual. Nos hallamos sumidos en un mar de confusiones. Está visto que cuando más cerca nos hallamos de la solución, surgen más dificultades. En fin, lo dejaremos en manos de Washington. Acabo de informarme y ya resolverán lo que hay que hacer.

Aquella banda no estaba compuesta por falsificadores vulgares. Sus trabajos eran perfectos, tanto por lo que se refería a la reproducción de los billetes americanos, sino también en cuanto a la calidad del papel empleado para ella.

—¿Si pudiéramos obtener una muestra del papel que utilizan?

—exclamó Carson, el jefe de los servicios en Washintong, dirigiéndose a Lee, su activo colaborador.

—Sería una tarea muy ardua, pues emplean algunos de nuestros propios métodos: vigilancia, trabajo de zapa...

—Tarea difícil, en efecto — comentó Carson —, pero no habrá más remedio que emprenderlo — Y tras una brevísima pausa, continuó: — Es curioso. Los sellos especiales para licores han sido localizados en Detroit, donde Vantuccio acostumbra a usarlos.

—¿Ha vuelto al negocio otra vez?

—Sí — le respondió Carson.

—Ah! Ya comprendo. Debe haber algún punto de contacto entre los dos, y probablemente muy cerca de Detroit. ¿Recuerdas el caso de Al. Capone?

—¿Y quién no?

—En aquella ocasión atacamos hacia Brooklyn para vencer en Chicago. Lo mismo que ahora.

—Atacando hacia Detroit — propuso Carson — logramos ganar en Los Angeles. Será una buena redada. Procuraremos introducir un par de agentes entre la pandilla de Vantucci, en Detroit. Les daremos un pequeño respiro. Ya se encargarán de ellos la semana próxima los del Impuesto sobre el alcohol, pero ahora necesitamos al cabecilla. Hay que buscar los agentes capaces de confundirse entre ese chusma, y a ser posible que conozcan el idioma italiano, pero que no hayan actuado nunca en Detroit ni en Los Angeles.

Carson seleccionó los dos agentes. Uno de ellos procedía de la filial de San Luis, y se llamaba Dennis O'Brien. Nacido en Nueva York, había sido criado cerca del barrio italiano, en Mulbery Street. En servicio desde hacía nueve años, resolvió felizmente los casos Mazerati y Stevens, y en una ocasión estuvo infiltrado,

por espacio de ocho meses en una banda de forajidos. El otro agente, Anthony Genaro, procedía de la oficina de Indianápolis; nació en San Francisco y fué graduado en la Universidad de California y contraía matrimonio con Mary Bennet el año 1947. Hablaba perfectamente el italiano y estaba al servicio del departamento desde que se licenció del Ejército.

El jefe les llamó a su despacho y una vez los tuvo reunidos les dió las pertinentes instrucciones:

—Se dirigirán a Detroit en seguida. Anden con mucho cuidado; actúen premeditadamente y procedan según su criterio. Yo me ocuparé constantemente de ustedes. Y queda entendido que nada los impulsa a efectuar este servicio, de modo que aun están a tiempo de valverse atrás.

Ninguno de los dos respondió.

—Entonces, estamos de acuerdo. ¿Alguna pregunta? ¿Alguna aclaración?

—No, señor Carson.

—Estaremos en contacto a través de la oficina de Detroit. Buena suerte, muchachos.

Dennis O'Brien y Anthony Genaro iniciaron la primera fase de sus investigaciones en la Biblioteca Central de Detroit. Puesto que su labor consistía en hacerse pasar por naturales del país, pero no en calidad de honrados ciudadanos, sino como criminales, bien impuestos de la historia del crimen local, era preciso que hicieran una recopilación meticulosa de todo cuanto en este aspecto había acontecido durante los últimos años en el distrito; que adquirieran los datos necesarios para encubrir sus secretas identidades; que buscaran informaciones en periódicos atrasados y las clasificaran y retuviesen en la memoria.

La misión requería mucho paciencia y muchas horas en los

archivos, y los dos muchachos se dispusieron a realizarla la mejor posible.

—¿Qué has conseguido? — preguntó un día Dennis a su compañero.

—Unos datos magníficos en los ficheros de la policía—Tony le respondió.

—Pues yo he estado repasando los viejos hazañas de la gente del hampa, desde principios de la prohibición del alcohol.

—Según parece, aquí, en Detroit, la banda de River tenía su guarida, todos ellos fueron liquidados o enviados a presidio. ¿Y si suplantaríamos su personalidad?

—Lo considero bastante arriesgado. Debieron tener amigos por aquí...

—Sí, claro, pero hay que apurarlo todo. Usaremos cualquier nombre supuesto.

Después de varios días de incesantes indagaciones, por fin se hallaron dispuestos a poner en práctica su maquiavélica plan. Con buen criterio resolvieron entrevistarse en el Parque de la Bella Isla para someterse al más importante examen de sus vidas. Fracasar significaba una mala nota en su hoja de servicios o encontrarse con una bala incrustada en el cuerpo.

Una mañana se sentaron en un banco del frondoso Parque.

—¿Qué sabes sobre Carlo Vantucci? — preguntó Tony en plan de examinador.

—Carlo Vantucci, hermano menor de Luigi, cuarenta y un años; detenido en 1939 por ocultación de armas; estuvo preso un año y un día por infracción de la ley sobre licores.

—Bien, Dennis. Tienes buena memoria. Y ¿la banda de River?

—Pues la banda de River... A Jerry Riley le asesinaron en una encrucijada; Bo Macens falleció en presidio; a Lou Parenti, lo ma-

taron de una puñalada; Big Bill Shumach se volvió loco; Rooshgan murió en un accidente de automóvil...

—¡Caramba! Pues no quedaron muchos de la banda de River — comentó Tony.

—Sólo nosotros dos — respondió Dennis, muy convencido.

Terminada el mutuo interrogatorio, los dos amigos se dirigieron a la habitación que ocupaban en el hotel, dispuestos a cambiar de frajes, con objeto de aparecer como unos auténticos gangsters.

Cuando se miró en el espejo, Tony no pudo evitar una sonrisa.

—¡Qué cara pondría mi mujer, si así me viera! Tiene la manía de que vaya bien vestido.

—No olvides que no eres casado. Recuérdalo bien. Te has divorciado por razones del deber.

—Espero que el Tío Sam me lo agradezca. Y ¿qué haremos de nuestra ropa?

—Se la enviaremos a Carson, a Washington. El la hará desaparecer.

—Bien. A propósito, creo que debemos presentarnos, pues todavía no lo hemos hecho — propuso Tony un poco en serio, un poco en broma —. Desde ahora me llama Galvani. Tony Galvani.

—Encantado de conocerle, Galvani. Yo me llama Harrigan, pero mis compañeros de celda solían llamarme Vannie.

—¡Señor Galvani!

—¡Señor Harrigan!

DOS HOMBRES DE CUIDADO

Para iniciar su plan de batalla, los agentes O'Brien y Genaro escogieron uno de los hoteles que gozaban de mala reputación: el Florencia. Su dueño, un tal Pasquale, de origen italiano, era muy conocido de la policía de Detroit, a causa de sus sospechosas actividades.

Los agentes, bien identificados con la nueva personalidad que habían adoptado, se dirigieron al Florencia, y Tony usó de su proverbial habilidad para hablar en italiano a Pasquale desde el primer momento.

Como suelen hacer los gangsters auténticos, Genaro y O'Brien se inscribieron con falsos nombres en el libro-registro del hotel: Jones y Smith.

—La policía nos persigue — advirtió Genaro al hotelero. Usted ya sabe que la ley es dura y...

—Entiendo, signóre. Probablemente debe usted tener razones para ello. Pero ¿no traen equipaje?

—No — se limitó a decir O'Brien, cuyo facha daba a entender que se trataba, en verdad de un mal sujeto.

—Entonces, pago adelantado: ocho pavos.

O'Brien pagó en silencio, y Pasquale les condujo a la habitación 201 de su hotel.

Cuando por la noche Pasquale se disponía a cerrar la puerta, fué a visitarle un detective de Detroit que, según dijo, seguía la pista de un par de pájaros de cuenta, acusados de robo, llamados Vannie Harrigan y Toni Galvani. El detective mostró a Pasquale las fichas de los dos tipos reclamados por el departamento de policía de Detroit, y pronto el hotelero reconoció en ellas a sus huéspedes Jones y Smith. Leal a su propia reputación Pasquale no quiso delatarlos.

—Como honrado ciudadano — le dijo — estoy siempre dispuesto a ayudar a la policía, pero esta vez siento manifestarle que no le pueda complacer. No conozco a tales individuos.

El detective se retiró sin insistir.

Cuando Dennis vió que el detective salía del hotel, exclamó alborozado:

—Ya está la policía de Detroit en danza. El agente acaba de despedirse de nuestro amigo, el hotelero.

Este, dispuesto siempre a servir de encubridor de los maleantes, subió rápidamente al cuarto 201 que ocupaban los supuestos ladrones. Llamó a la puerta:

—¿Quién es? — exclamó Tony, con fingida violencia.

—Soy yo, Pasquale.

—Pase.

Una vez en el interior de la habitación, y dirigiéndose a Tony, apuntó:

—Señor Galvani...

—¡Eh! ¿Qué es eso? —intervino Dennis, airadamente, dando a Pasquale un solemne puñetazo en la mandíbula, que le hizo rodar por el suelo.

—¿Quién te sapló su nombre? Supongo que no irás a denunciarle a la policía...

—Déjalo —rogó Tony a su compañero con aire de conciliación. Y cuando Pasquale hubo reaccionado del inesperado golpe, le preguntó quién le había dado su nombre verdadera.

—El capitán de la policía me preguntó si habíais venido, le dije que no y entonces me enseñó vuestras fichas.

—¿Qué le dijiste? —inquirió Dennis, fingiéndose alarmado.

—¿Yo? ¿Pasquale? No le dije nada, os lo aseguro. No puedo soportar a la policía. Algunas veces me han fastidiado por vender vino. Ellos no olvidan, pero Pasquale tampoco.

—Grazie a vossia, amico —susurró Tony.

—Te pido perdón, Pasquale —exclamó Dennis. Excusa mi brusquedad, pero cuando uno se encuentra metido en un lío no debe confiarse mucho. Gracias por tu silencio.

—No tiene importancia. Comprendo lo que son estas cosas. ¡Buona notte!

—¡Buona notte! —respondieron los dos agentes al unisono, y exclamó con alborozo:

—¡Hemos coñido el primer gol!

Pasquale se tragó el anzuelo. Le bastó ver aquellos fichas de la policía, y los modales propios de criminales que emplearon con él. Habiendo aprobado y aceptado la identidad que Tony y Dennis le dieron, el hotelero los envió a su buen amigo Vantucci, el cual tenía un almacén de productos alimenticios que le servía de portafolio para ocultar sus manejos como contrabandista de licores y fal-

sificador de sellos móviles. En el ambiente que los agentes escogieron con manifiesta clarividencia, siempre se encuentran cómplices y recomendaciones adecuadas. Empleando, pues, la fraseología de Tony, se disponían a «calar el segundo gal en la portería». Era necesario meterse en la boca del lobo. Era imposible valverse atrás.

Dos días después de su llegada al hotel Florencia, Dennis y Tony se presentaban en el despacho de Vantucci.

—Pasquale me habló de vosotros. Venís muy bien recomendados. Sois farasteros, ¿no es eso?

—No, señor Vantucci — le respondió Tony, con su aplomo habitual. Puede decirse somos de aquí, aunque en realidad no lo somos.

—¿Buscáis trabajo? Entonces, limpiad las ventanas que, como veréis, están un poco sucias.

A los agentes les interesaba poco la labor de limpieza que el falsificador les proponía, por lo que Dennis exclamó, levantándose de la silla en que se había sentado.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo.

Vantucci comprendió, y preguntó a los agentes de qué delito se les acusaba.

—De buscar dinero como usted — respondióle Dennis. Pero se armó gresca y la policía se cargó a dos de los nuestros.

—Ya comprendo... Tony Galvani y Vannie Harrigan...

—También yo tengo vuestras fichas. Vinieron dentro de un paquete de alimentos. Sentáos, muchachos. Vivo aquí desde hace mucho tiempo y, sin embargo, nunca oí nada de vosotros. Hablad.

—Es extraño — intervino Tony — que no hubiese oído hablar de la banda de River.

—¿River? Ah, fué una pena la del pobre Lou Parenti. Las balas

atribillaron nada menos que a veintiuno. Me gustaría saber quién lo hizo.

—A nosotros también, señor Vantucci.

—A veces es mejor no saber demasiada. Pero... ahora ¿qué es lo que buscáis?

—Lo da siempre —murmuró Tony. Colar billetes, sellos, traficar, en fin, cualquier cosa donde uno pueda ganarse honradamente un dólar.

Vantucci parecía estar convencido, y tras una breve vacilación les anunció que les proporcionaría trabajo en su casa. Aceptaron los muchachos, y poco después el supuesto almacenista les daba un par de «manos» para que con ellos pudieran actuar con más comodidad.

Pero el que Vantucci ofreció a Dennis era corto y demasiado holgado, por lo que el agente tuvo que rogarle que le diera otro que se ajustara mejor a su cuerpo:

—Es verdad, muchacha. Ese mono era de Schemer.

¿Schemer? ¿Quién sería Schemer? Este nombre no les decía nada, pero significaba uno más que archivar en su memoria.

Para no despertar ninguna sospecha y fingir que conocían perfectamente al aludido Schemer, los agentes no hicieron el más leve comentario, pero una vez estuvieron familiarizados con los demás compañeros de almacén pudieron averiguar, a base de preguntas formuladas con su habilidad característica, que aquel hombre estaba relacionado con los falsificadores de timbres especiales para licores y no contaba con las simpatías de la banda. Consiguieron saber también que Schemer residía en Los Angeles, pues los sellos que uno de aquellos días envió al almacén de Vantucci iban envueltos en una página de un periódico de aquella famosa ciudad americana.

Tanto Tony como Dennis recordaban el detalle que, inconscientemente, les había facilitado el propio Vantucci. Allí había un mano que perteneció a Schemer, y esa prenda era un elemento de gran utilidad. Sus dimensiones daban a comprender que quien lo llevaba era un hombre gordo y de piernas bastante cortas. Debían apoderarse, pues, a todo trance de aquel mano y enviarlo al departamento del Tesoro de Washington, con objeto de que los expertos en materia criminal investigaran, analizaran y sacaran conclusiones de ello. El polvillo de esa prenda de trabajo podía significar mucho, poca o nada, pero cada partícula, hasta la más insignificante, debía ser minuciosamente examinada.

Entretanto Dennis se dispuso a ampliar las escasas informaciones que de Schemer tenía, y con la natural discreción pudo ponerse en contacto con un agente de la brigada criminal de Detroit y averiguar que se trataba de un hombre de unos cincuenta años, cabello gris, un metro cincuenta de estatura, más bien grueso, unas 180 libras; fumaba puros fuertes, masticaba hierbas chinas medicinales, Pay-Loong Lifah, vigorizante hepático marca «Drogón». Llevaba una cicatriz en el hombro izquierdo.

Con tan vagas referencias, el agente Dennis O'Brien salió inmediatamente hacia Los Angeles, abandonando, sin previo aviso, el almacén de Vantucci y dejando en él a su compañero Tony.

La insospechada fuga de Dennis sentó muy mal a Vantucci y sus compinches, los cuales acometieron bruscamente a Tony para que éste les contara cuanto supiera. Uno de los secuaces del almacenista soltó unos cuantos puñetazos en el rostro del abnegado agente, sin conseguir absolutamente nada.

—No sé adónde hebrá podido ir, se limitaba a responder el agente.

—Pero ¿por qué no se despidió? ¿Por qué ha huído de la ciudad? —inquiría Vantucci, con evidente desesperación.

—Salió pitando porque le dijeron que la cosa estaba que ardía. Eso es todo cuanto sé.

—¿Qué ardía? ¿Por qué?

—El lo sabrá mejor que nadie.

—Esto no me huele bien del todo, Galvani. Pudiera tratarse de una traición. Tal vez si me dieras algún detalle más concreto...

—Insinuó Vantucci.

—No lograré que diga nada. No me gusta ser chivato.

—Pues ni él ni tú podéis olvidar que estáis comprometidos con nosotros.

—¿Recuerda usted a Tiny Rocco?

—¿Con que fue él quien lo hizo? —exclamó Vantucci, comprendiendo la significación de las palabras del agente.

—Lo ignora. Sólo sé que está complicada en eso.

—¿Qué os parece? Pues la policía intenta colgarnos el sambenito —dijo el almacenista un poco más tranquila. No reprocho a Harrigan. Yo hubiera hecho lo mismo que él. Tony, veo que eres un chico leal; que no tienes la lengua suelta. ¿Estás con nosotros?

—Estoy con ustedes —se limitó a decir Tony, satisfecho de haberse librado bien de una situación tan apurada.

EN BUSCA DE SCHEMER

Con una confusa imagen mental de un sujeto apellidado Schemer, llegó a Los Angeles el hábil y astuto agente Dennis O'Brien, para iniciar la segunda e importante fase de la investigación.

Empezó la caza del escurridizo cincuentón Schemer en la estrecha calle de Ferguson, enclavada en el viejo barrio chino, cerca de la estación de Los Angeles. La tarea era sumamente difícil, pues en una ciudad de dos millones de habitantes, no son pocos los hombres que frisan los cincuenta años, son algo gruesos y fuman puros. Es menos frecuente encontrar los que tienen una cicatriz en el hombro izquierdo, y muy raros los que masticaban hierbas chinas medicinales. Las lógicas deducciones de O'Brien le llevaron a localizar los escasos ciudadanos que tienen tan extraña costumbre. Y por eso se fué al barrio chino de Los Angeles.

Sus primeras gestiones dieron un resultado infructuoso. En

todas partes recibía una misma respuesta: un «no», un simple movimiento de cabeza o una mirada enigmática. Dennis O'Brien se sentía desfallecer, pero eso no era obstáculo para que siguiese indagando.

Hasta que un día un médico a quien el agente visitó, le dió una orientación:

—Recuerda vagamente a la persona que usted describe. Le puse en tratamiento de Pay-Loang Lilah, fórmula hepático-dragón.

—¿Sabe usted dónde vive ese hombre? —inquirió Dennis, esperanzado.

—No, le dije que no volviera. Abusaba de los baños de vapor y yo no lo aprobaba. Debilitan tanto...

Sólo un investigador hábil como O'Brien podía haber concedido importancia a estas tres palabras: Baños de vapor. Ellas le pusieron sobre una nueva pista, que tal vez pudiera conducirle hasta Schemer.

Desde entonces, el agente se dispuso a recorrer todos los establecimientos donde se daban baños de vapor. Fué su labor algo muy penosa, pues sabido es que estos ejercicios debilitan y fatigan extraordinariamente. O'Brien, fiel cumplidor de su deber, no vaciló en arrostrar la dificultad y aun el peligro que para su salud esta práctica entrañaba, y con inaudita paciencia y elogiabile estoicismo la soportó.

Llevaba ya varios días en esa situación sin obtener el menor resultado, y desesperaba de conseguirlo, cuando por fin se encontró una mañana, en uno de aquellos establecimientos, frente a frente con un hombre gordo, cincuentón, en cuyo hombro izquierdo figuraba una cicatriz. No había ninguna duda: aquel hombre era Schemer.

O'Brien observó todos sus gestos, le contempló cuando se vestía, y cuando, dispuesto ya a salir del local, encendía un puro.

Con la necesaria discreción le siguió una vez en la calle hasta llegar al hotel en el que Schemer se alojaba. Tomó nota del número de su habitación y sin perder más tiempo se trasladó al despacho de Gregg, su jefe inmediato.

—Ahí están las placas falsificadas y los billetes — le dijo éste. Son una verdadera filigrana; grabados a mano...

—¿Por quién? — inquirió Dennis.

—Por Agust. Bauman. Ha estado en presidio los últimos diez años.

—Me llevaré uno de esos billetes para ir familiarizándome con ellos — propuso O'Brien. En cuanto a las planchas será mejor que las guarde usted hasta que se las pida.

—Lindsay le servirá de enlace — le dijo Gregg, indicándole otro agente.

Puestos de acuerdo, O'Brien se despidió de su jefe y de su compañera Lindsay y salió del despacho del primero, dispuesto a continuar su delicada misión.

Desde que hubo descubierto a Schemer, el intrépido agente se convirtió en su sombra y lo sometió a una constante y discreta vigilancia, pues necesitaba averiguar toda cuanto pudiera acerca de sus turbias actividades. ¿Dónde iba? ¿Qué hacía? ¿Con quién se relacionaba? Ésto significaba horas de persecución, tener a un hombre en observación permanente, ser su sombra, en fin, sin despertar sospechas; una tarea nada fácil, tratándose de un tipo tan avisado y receloso como Schemer. Pero no había otro modo de hacer una descripción fiel de su vida y sus costumbres, sino espionándole estrecha y constantemente. Y esto fue lo que hizo O'Brien.

Hasta que un día Schemer condujo a su sombra a un hotel establecida en Ocean Park, lugar extraño donde había una sala de juego clandestino.

Pero ¿cómo introducirse en ella sin ser conocido por el dueño? Dennis O'Brien lo intentó a pesar de todo, y gracias a su extraordinaria habilidad lo pudo conseguir, afirmando con acento convincente al conserje del hotel que aquellas señas se las había proporcionado un tal Smity, a quien conoció una vez en las carreras.

—¿Quién es Smity?

—Cualquiera lo sabe. ¿No te digo que le conocí por puro azar?

Hablaba O'Brien con tal aplomo, que el muchacho se encogió de hombros y le dejó pasar tranquilamente.

Una vez en la sala de juego, O'Brien se acercó a la mesa, en la que Schemer estaba ya instalado, y pidió unas fichas dispuesto a probar suerte.

A decir verdad, ésta le fué muy favorable, como si quisiera secundar los planes del agente, a tal punto, que ganó al propio Schemer. Luego, y para completar su acción, consiguió perder. Eso le interesaba también sobremedida, pues quería obtener la oportunidad de entregar un billete al hombre que era objeto de su persecución. Y llegado el momento, le soltó uno de los grandes.

A su vista, Schemer hizo un mohín de desagrado, lo que O'Brien aprovechó para inquirir.

—¿Qué le pasa? ¿Es que no le gustan los billetes grandes?

—Generalmente suelo rehusarlos — se limitó a decir Schemer un tanto preocupado.

—Traiga; se lo cambiaré.

Poco después Schemer salió de la sala de juego, sin que O'Brien tardara mucho en hacer lo propio. Pero apenas había lle-

gado éste al pasillo del hotel, cuando se inició un verdadero griterío: ¡Paren el juego! ¡Paren el juego! ¡Alguien ha metido billetes falsos aquí!

—¿Quién ha sido? —dijo alguien.

—Será ese tipo alto que estaba aquí ¡Qué granuja! A mí me ha colado tres de diez....

«A mí, uno.» «A mí, otro.» «A mí, dos.» iban diciendo aquellas gentes.

—Se fué al lavabo. ¡Vamos allá! ¡Arrestadlo, granuja, granuja!

Exasperados aquellos hombres se echaron sobre O'Brien, a quien dieron una gran paliza. Eso era precisamente lo que el abnegado agente deseaba: que se pusiera en evidencia su supuesta falta de escrúpulos. Ello le servía de magnífico pretexto para conquistarse la confianza de Schemer.

Expulsado violentamente del hotel donde se había producido el incidente, y una vez hubo reaccionado de los golpes que unos y otros le dieron, O'Brien se trasladó a la habitación que Schemer ocupaba en otro hotel.

Schemer se disponía a prepararse para ir a la cama. El agente entró con inusitada violencia, aprovechándose de que la habitación estaba en la semi-oscuridad, y su primer saludo fué un certero puñetazo.

Sin sospechar siquiera que se trataba de O'Brien, el cobarde Schemer exclamó, muerto de miedo:

—¡No, Moxie! ¡Por favor! No me pegues... Tal vez me equivoqué esta vez y...

—Levántate del suelo, levántate si no quieres que... —insistió el agente—. Fullero asqueroso. ¡Te voy a ajustar las cuentas!

—¡Estoy enfermo, muy enfermo! —suplicó Schemer con la palidez en el semblante.

—Pues bien que me zumbaste en el juego-replicó O'Brien con malos modos. ¡Quiero que me devuelvas el dinero que me han robado allí!

—Sí, sí, te lo daré —dijo Schemer, reconociéndole al fin.

—Ellos me dieron la exclusiva aquí —añadió refiriéndose a los billetes falsos y no me gustan las intrusiones.

—Yo no dependo de nadie —replicó el agente con acritud.

—¿Cómo que no dependes de nadie? Entonces ¿no estás en nuestro grupo?

—¿Contigo? Preferiría mendigar antes que meterme en tu bando. Quiero que examines bien mi billete.

Y O'Brien se lo tendió. Schemer hizo, al verlo, una exclamación que revelaba su sorpresa.

—Esto tiene calidad. ¡Grabado a mano!

—Sí... bien acabado...

—Pues si me permites te diré que el papel no es muy bueno. Mira esto, se trata de nuestra nueva emisión.

—Psch... —exclamó el agente sin darle una gran importancia. Sigue siendo fotograbado, pero... ¿dónde se consigue este papel? ¿No pierde con el uso?

—Sé donde lo hay —le confió Schemer más tranquilo. Se encuentra mucho y muy barato.

El agente necesitaba saberlo cuanto antes, y con ánimo de amedrentar al ya bastante asustado Schemer, le zarandeó un poco más:

—¿Te sería igual no emplear los músculos? Yo no soy un hombre fuerte, sino un hombre de ideas —aclaró el falsificador.

—Pues suelte la lengua.

—¡Sin'otosigar! Tranquillízate, muchacho. Y dime, ¿en qué banda trabajas?

—Te dije que lo hacía por mi cuenta. Cuelo mis artículos en Detroit.

—¿Y las planchas? —inquirió Schemer.

—Las compro en un bazar.

—Perfectamente, amigo. Pero ¿por qué no nos asociamos? Yo pondré el papel bueno y tú tus magníficas planchas. Déjame ver el billete y haré que nades en la abundancia. No lo dudes. Hoy no debías haber hecho eso. ¿Dónde nos veremos?

—Pues... no lo sé. Este hotel tiene buena pinta. Podrías conseguirme aquí una habitación y así estaríamos más en contacto.

—Creo que podrá arreglarse. Nos veremos dentro de una hora. Y, a propósito ¿cómo logarste encontrarme? —le preguntó Schemer, intrigado.

—Por el olfato —se limitó a decir el intrépido O'Brien.

EL CLUB «TRINIDAD»

El Agente O'Brien se instaló en el hotel donde vivía Schemer. Si, para la finalidad que perseguía como policía, era necesario que vigilara muy de cerca al falsificador, como presunto cómplice de éste era lógico que se domiciliara en el mismo local que él. Este deseo de O'Brien no pareció, de ningún modo, sospechoso a Schemer, lo que facilitó la labor que aquel estaba realizando, en nombre de la ley y en defensa de los intereses de su país.

Para el agente quería mostrarse a Schemer como un hombre duro y ducho en las lides del crimen, es decir actuar como elemento que conocía los bajos fondos y las persecuciones de la policía. Y como tal consideró de una gran utilidad aparecer a los ojos de su nuevo «amigo», en plan de recelo y desconfianza.

Al día siguiente de haber concertado un pacto de amistad y colaboración, O'Brien exigió de Schemer que le diera la mitad de uno de los billetes falsificados, quedándose aquel con la otra mitad. Esto constituiría una especie de contrato de asociación.

La estratagema era, desde luego, un tanto arriesgada, pues tal vez Schemer, faltando a su palabra, tratara de entregar la mitad del billete a un enlace de su banda y tenderle una trampa. Todas las precauciones que O'Brien adoptara con respecto a Schemer eran pocas, puesto que bien pudiera haber sospechado éste de él y, sin embargo, le mostrara confianza con el propósito de ganarle por la mano.

Afortunadamente, O'Brien era un muchacho listo a quien resultaba difícil engañar. Y sin dejar de prevenirse en todo momento y contra cualquier eventualidad, se dispuso a continuar la persecución de Schemer, tal como lo exigía su deber.

Desde entonces no le dejó ni a sol ni a sombra. Era preciso enterarse de todo cuanto Schemer hacía; de las personas con quien hablaba; de los lugares que frecuentaba; de las visitas que recibía...

Su pista le condujo una noche al Club Trinidad, del Ocean Park.

Poco después de haber penetrado Schemer en el local, entró el audaz agente, fingiendo ignorar la presencia de aquel.

No había pasado mucho rato sentado ante su mesa, cuando una linda y rubia muchacha, Evangelina, que llevaba un aparato fotográfico en las manos, le ofreció sonriente:

—¿Le hago una foto, joven?

—Ya me han hecho muchas, señorita — replicó Dennis.

—¡Ah! Pero esta podía enviarla como recuerdo a casa de sus padres.

—No tengo padres ni casa — continuó el agente, bromeando con la muchacha. Pero dígame, señorita ¿es que podría hacer un buen retrato a un engendro como yo?

—¿Quiere que pruebe?—le preguntó Evangelina, muy amable.

—Generalmente, no me gusta que me saquen fotografías, señorita, pero tiene usted unos ojos tan bonitos que no puedo resistirme. ¡Adelante! ¡Dispare usted!

Evangelina le hizo la fotografía y, dispuesta a revelarla seguidamente, como solía hacer, rogó a Dennis O'Brien que le satisficiera su importe en el acto.

El agente no quiso oponer ningún reparo y entregó a la muchacha un billete plegado en una forma muy extraña. Pero lo más curioso del caso, es que unos momentos antes, Schemer había entregado a Evangelina un billete idéntico y plegado en las mismas condiciones.

—¡Vaya modo de tratar el dinero del tío Sam!—se limitó a decir a O'Brien, no sin mostrar una cierta confusión.

—Yo siempre he sido cruel con él,

—Valveré pronto con su fotografía.

Dennis O'Brien se quedó solo. Estaba satisfecho pues su plan se realizaba maravillosamente, sin ningún obstáculo.

¿Por qué entregó el billete en aquella forma a una muchacha a la que ni siquiera conocía? Porque, a través de una sagaz observación, pudo darse cuenta de que Evangelina algo tenía que ver con Schemer.

Prueba evidente de que así era, es que aquella rubia muchacha, sin molestarse siquiera en entregar la foto a O'Brien, corrió presurosa a la tienda de material fotográfico que Paúl, uno de los falsificadores de moneda, tenía en un callejón de la ciudad.

Con incontenible nerviosismo, Evangelina contó a Paúl lo que le había ocurrido unos momentos antes.

—Ha venido Schemer — le dijo — y me dió la contraseña: el billete plegado. Dentro de él había otro.

Paul se dispuso a examinarlo:

—¡Excelente! Un grabado muy fino, un trabajo artístico. Lástima que el papel sea de mala calidad. ¿Dónde consiguió Schemer este billete?

—No lo sé, Paul, pero cuando él se marchó llegó otro cliente, le hice una fotografía y me dió un billete plegado del mismo modo. Nunca me había visto en un apuro mayor.

—Puede ser un agente del tesoro... — musitó Paul.

—¿Qué dices? — inquirió ella, muy alarmada.

—O alguien encuadrado en una banda rival. Buena. Yo guardaré esto, pues quiero someter el billete a la consideración de nuestros expertos. ¿Deseas más moneda falsa?

—Sí, dame.

—No pierdas la sangre fría, Evangelina.

—No, Paul. Procuraré no dar ningún paso en falso — le prometió ella, disciplinada.

—Buena chica.

MOXIE Y BROWNIE

Al día siguiente ocurrieron cosas inquietantes en la habitación de Dennis, Moxie y Brownie, dos tipos de mala catadura, pertenecientes a la banda de Schemer, estaban moliendo a puñetazos al audaz agente.

A aquellos sujetos les tenía sumamente inquietos la visita que O'Brien efectuó la noche anterior en el Club Trinidad, pues su presencia allí había sido oportunamente registrada por ellos.

—¿Qué juego te traes? — le preguntó Moxie, en tono de exaltación y violencia.

—¿Cuál es el vuestro? — replicó Dennis, enérgico y seguro de sí mismo.

Un nuevo y certero puñetazo en el rostro de O'Brien fué la respuesta que Moxie le dió:

—Quiero que me digas qué buscabas en el Club Trinidad.

—Yo no busco nada...

—¿Ah, no? ¿Y ese truquito de plegar el billete de cierto modo?

¿Dónde te aprendiste? ¿Acaso te lo enseñó alguien en el Trinidad? Schemer, por ejemplo...

—Lo lei en un libro.

—¿No conoces a ningún Schemer?

—No oigo absolutamente nada de lo que dices...

Dos fuertes golpes en los oídos de O'Brien, fueron la réplica del falsificador:

—¿Oyes mejor, ahora?

Schemer estaba en la habitación contigua, escuchando la conversación. En aquellos momentos, Moxie juzgó necesaria su presencia y saliendo al pasillo, mientras confiaba la custodia de Dennis al corpulento Brownie, le ordenó que entrara en el cuarto.

Una vez Schemer se hubo introducido allí, Moxie, dirigiéndose al agente, le preguntó:

—¿Con qué no conocías a este hombre, eh?—y acompañó sus palabras con un nuevo y violento puñetazo en el rostro del infortunado O'Brien.

—Yo no he dicho nada...

Schemer, a quien, por lo visto, la escena resultaba un poco violenta y las reacciones de Moxie exclusivamente duras, se limitó a decir, en tono compungido:

—¿Por qué me seguías?

—Eso es lo que hacen los tipos de la T: espiar—intervino Brownie, aludiendo a la policía.

—¿Yo no espío nunca a nadie!

—Entonces ¿por qué venías siguiéndome?—inquirió Schemer.

—Me desplumaste y era muy natural que lo hiciera.

—No nos arriesguemos con él, Moxie—propuso Brownie. Conviene con un tipo durante tres meses y cuando más confiado estaba, me cazó. Resultó ser uno de los de la T.

La situación se iba haciendo difícil para Dennis O'Brien, al cual se le ocurrió una solución, como recurso supremo:

—Informaros; preguntad en Detroit; dirigíos a Vantucci.

—Ah, ¿de modo que de la banda de Vantucci? Descuida; lo haré —anuncióle Moxie, sonriendo hipócritamente.

Y dirigiéndose a Schemer que estaba apoyado en la pared, sin saber qué actitud adoptar ante la escena, le ordenó de modo imperativo.

—¡Lárgate de ahí, cerdo!

—No debías haberme seguido —murmuró Schemer, mirando a O'Brien, y como si verdaderamente le apenara la situación en que se hallaba el agente.

Moxie se dispuso a retirarse para obtener de Vantucci una información sobre aquel hombre, no sin antes ordenar a Brownie, a quien llamaban el Horizontal:

—Despiértalo, mañana por la mañana y acuéstalo por la noche. Que no salga sin ti. Ah, y no contestes al teléfono, ni vayas a ninguna parte. ¿Entendido?

—Sí, Moxie.

Entretanto, Gregg, uno de los jefes de O'Brien, se hallaba en su despacho, leyendo en compañía del agente Lindsay, una comunicación que aquél había podido dirigirles una vez salió del Club Trinidad. El mensaje decía lo siguiente:

«Vigilen el Club Trinidad para futuras averiguaciones. Lo de las fotografías está un poco complicado. Controlen la West Coast Camera Center, establecida en Ajax, A. C. Envíen a Lindsay con las planchas. No sé dónde irá desde aquí. Firmado: Mother Groesse».

—¿Ha oído usted, Lindsay? —preguntó Gregg al agente.

—Sí, Gregg.



Evangelina simuló hacer una foto a Schemer, quien le dio un billete plegado a título de consignación.



La esposa de Anthony Genaro vivía en San Francisco. Se habían casado hacía muy poco tiempo.



Exasperados, aquellos
hombres se echaron sobre
O'Brien.



Siguiendo a Schuster,
O'Brien entró en el Club
Trinidad.



Brosenie tenía sujeto a Tony, mientras Schenker le amenazaba con su pistola.



— ¡Vaya modo de tratar el dinero del Tío Sam! — exclamó la muchacha.



—¿Conque no conocías
a este hombre, eh? Pues
toma.



O'Brien y Schenker, se
acochaban mutuamente.



—Mi marido es más alto y más guapo — exclamó Mary Genaro muy serena.



Brownie y Maxie seguían martirizando al adnegado agente.



Tony estaba jugando con
los de la banda.



Murió el negocio. Vá-
mones, Tony.



—La naturaleza de los negocios es su misma esencia, señor Harrigan: negociar.



O'Brien estaba verdaderamente preocupada por la suerte de su compañero Tony.



—¿Está ocupado nuestro
hombrecito?—volvió Maxie
al entrar.



—Es una imitación per-
fecta — exclamó Diana
Simpson.

—Pues entre en acción, pero mucho cuidado con esas planchas— concluyó Gregg, entregándole dos que eran el anverso y el reverso de los billetes falsificados.

Lindsay se dispuso a actuar, controlando, en primer término la West Coast Camera Center, que no era otro lugar que la tienda de Paul, en la que trabajaba Evangelina.

EN LA BOCA DEL LOBO

Custodiado por aquel par de granujas, el agente Dennis O'Brien fué trasladado una noche a una casa situada en Beverly Hills. El astuto agente había de afrontar, pues, una nueva y delicada situación, pues si aquello podía significar un nuevo avance para el éxito de su arriesgada empresa, también podía constituir el último acto de su vida.

Se trataba de una residencia suntuosa. Allí vivía Shlv Traiano, uno de los individuos más influyentes y audaces de aquella banda de falsificadores.

—¡Bonita chosa! — exclamó Dennis al entrar. ¿Qué venimos a hacer aquí? ¿Se puede saber?

—Ahora te callas — le atajó Moxie. Ya lo verás.

Entraron en otra habitación. Shlv Traiano jugaba a las cartas con otros hombres de aspecto poco tranquilizador, a pesar de su elegante indumentaria.

—¡Adelante, señores! ¿Este es tu hombre? —dijo Shiv, dirigiéndose a Moxie e indicando al agente.

—Sí, señor Traiano. Le presento a Vannie Harrigan.

—Tiene una bonita casa, señor Traiano —limitóse a decir éste.

—Gracias, amigo. Vantucci nos ha enviado informes de usted, y éstos son francamente buenos.

—Entonces ¿estoy en paz con ustedes?

—En efecto; eso es lo que quería decirle.

—¿Has oído, Moxie? —exclamó el agente. Acaban de darme un certificado de buena conducta, y como que no me gusta nadie me zarandee...

Al decir esto, Dennis O'Brien se abalanzó hacia Moxie y le propinó un solemne puñetazo que hizo caer al suelo a aquel hombre que unas horas antes le había zarandeado.

—¡Eh, eh! Nada de peleas —intervino Shiv, dispuesto a evitar una escena más desagradable todavía. Están en mi casa. Y ordenó a Moxie que pasara a la habitación contigua, lo que aquel hizo sin soltar palabra.

Dennis y Shiv quedaron solos en la estancia.

—Está usted muy bien equipada... —observó el primero.

—Sí, la verdad, no me falta nada...

—La falta a usted talento. Necesita un par de lecciones.

—Tal vez pero ¿cuál es su habilidad, señor Harrigan?

—No tratar con alcornoces.

—Me gusta usted; siga.

—Verá —exclamó el agente, dispuesto a entrar en el terreno que convenía a su juego —yo tengo las planchas para los billetes, y usted dispone de un papel superior al mío, y cuenta además con

una partida de distribuidores. Podríamos asociarnos, ¿no le parece?

—No crea que pueda interesarme — respondió Shiv a la proposición que Dennis acababa de hacerle.

—Un hombre listo lo haría, Shiv.

—¿Es que pretende enseñarme usted el oficio?

—Nada más alejado de mi ánimo.

—Siendo así, hablemos del asunto, ¿Trajo usted las planchas? — preguntóle el jefe.

—Dennis, que no era tonto, respondió a la pregunta con otra.

—¿No le parece algo ingenuo lo que acaba de decir?

—Pero, ¿las tendrá usted a mano, no?

—Desde luego. Es decir, un buen amigo las tiene en Detroit y me las traerá en cuanto se las pida.

—Eso está bien, pero... suponga que cuando las vea le diga que no me interesan — insinuó Shiv Traiano.

—Entonces trabajaré por mi cuenta.

—¿En esta localidad?... ¡Moxie! ¡Moxie! sal — gritó Traiano.

Moxie salió un poco asustado, pero se tranquilizó al ver que Shiv y el agente estaban hablándose serenamente.

—Buena, Moxie, aquí está su amigo. Ya le comunicaré lo que haya resuelto.

Los dos hombres se fueron, y Shiv pidió una conferencia telefónica con Detroit, Carlo Vantucci, Campaña Productora.

Al día siguiente por la tarde, cuando Dennis O' Brien volvió a la casa de Shiv y penetró en el salón destinado al juego, tuvo la sorpresa de encontrar sentado en un sillón, junto a los demás, a su amigo, el agente Tony Genaro.

—¡Vaya Tony! ¿Qué haces aquí? — exclamó al entrar. ¿Urdiendo alguna traición?

—Vantucci me dió tu mensaje y vine en seguida. Estos creen que...

—¿De qué mensaje me estás hablando? Ya no te envié ninguno.

—Pues me lo dieron. Estos me esperaron en el aeropuerto, me trajeron aquí, registraron mi equipaje y me maltrataron. ¿A qué viene todo eso?

—Insisto en que no envié ningún mensaje. Esto es un ardid. Y dirigiéndose a los demás, Dennis exclamó vivamente:

—Murió el negocio, señores. ¡Vámanos, Tony!

Shiv Traiano intervino conciliador:

—Admitir a otro no es lo mismo que abandonar un negocio. Yo traté de activar, pero no dió resultado.

—Cuando usted dispara ya ya he hecho blanco — le atajó Dennis.

—Pues debiera encargarse de arrojar la bomba atómica.

En aquel momento entró un hombre en la estancia. Era Paul Miller, el técnico, encargado de hacer el fotograbado y comprobar el acabado de los billetes falsos. Así lo presentó Shiv a Dennis, el cual a requerimiento del primero le mostró uno de los que él llevaba.

—Como usted verá está grabado a mano — le hizo observar el agente.

—Todos los grabadores están fichados por el departamento — anuncióle Miller.

—Pero éste no, señor Miller. Lo sé porque le ayudé yo a colarse en nuestro país. Se trata de un refugiado húngaro... — se le ocurrió decir a Dennis.

—Pues no sé si nuestro papel se adaptará a una plancha de

entalle de tan fina manufactura — exclamó el técnico, frunciendo el entrecejo.

— ¡Malo! No había caído en eso, pero... si me dan un pedazo de su papel les haré un billete de muestra — insinuó Dennis, maliciosamente, con el propósito de obtener tan preciado elemento.

— ¿Dónde un pedazo de nuestro papel? — dijo Miller, un tanto alarmado.

— No hay ningún peligro en ello — intervino el propio Shiv, el cual rogó seguidamente a Dennis que en el caso de que se lo dieran era preciso que tuviese hecho el billete al día siguiente por la noche.

— Si me lo preparan en seguida, sí.

— Desde luego, pero yo quiero ver las planchas.

Dennis se lo prometió, y a cambio de eso pudo obtener el papel que con tanta habilidad había solicitado.

Por mediación de su enlace, O'Brien y Genaro deslizaron la muestra a Gregg, su jefe local, quien la envió acto seguido al Laboratorio de Investigaciones de la Tesorería, en Washington. Inmediatamente, los técnicos la sometieron a múltiples ensayos, pudiendo comprobar su color y acabado y determinar su consistencia y la fibra de que estaba compuesto. Se trataba de un papel muy parecido al de los billetes oficiales, a sea con un cuarenta por ciento de lino, un cuarenta y cinco por ciento de algodón de hebra egipcia y un cinco por ciento de papel de arroz; el tercer componente era un barniz utilizado por los fabricantes chinos de papel. La deducción de los técnicos fué la de que aquel material procedía de Oriente.

— ¡Qué ocurrencia! ¡Comprar el papel en China! — exclamó Carson, el jefe de los servicios.

—No es mala idea — le atajó Hardy, su colaborador. Al fin y al cabo los chinos fueron quienes lo inventaron.

La labor de los especialistas había dado una nueva y clara luz al tenebroso asunto: los falsificadores adquirían el papel en la China. Demostrado el hecho, Carson cursó el siguiente telegrama a todos los servicios de Aduanas y agencias interventoras de la costa del Pacífico:

«Controlen y examinen los cargamentos de papel procedentes de Oriente, particularmente de la China. Obtengan datos del consignatario y muestras para analizarlas. Firmado: Carson».

SOLO APARECE UNA PLANCHA

Gracias al aval que, inconscientemente, les había dado Vanucci, los dos agentes consiguieron captarse la confianza de los individuos de la banda. Más aún, fueron admitidos en ella. Su inteligente labor empezaba a dar sus frutos.

Pero era preciso seguir actuando con la misma cautela; y Tony y Dennis decidieron mostrar a sus eventuales compinches una sola de las dos planchas que utilizaban para la composición del papel moneda. De no enseñarles ninguna, se exponían a serias represalias o a descubrir su verdadera personalidad; enseñándoles las dos, corrían el riesgo de ser eliminados, a tiros, por los de la banda, quienes, en posesión de lo que tanto ambicionaban, no precisarían ya de su colaboración.

Con esta clara visión de las cosas, Dennis se dispuso a esconder la segunda plancha debajo del lavabo de su habitación del hotel. Mientras realizaba esta operación, su compañero Tony le contemplaba, tumbado en la cama,

—¿De modo que ahí escondes lo que les habías prometido?

La del reverso solamente. Esos tipos no son tontos. En cuanto tuvieran las dos, seríamos hombres muertos. La otra plancha nos protege. Seguirá escondida aquí hasta que hayamos llegado al final.

Y tras una breve pausa, Dennis preguntó a su amigo:

—¿Crees que Shiv puede ser el jefe?

—No; le he oído recibir órdenes por teléfono.

Aquellos dos muchachos, fieles cumplidores de su deber, no tenían otra preocupación que la que les proporcionaba el asunto en que voluntariamente se habían metido.

—¡Qué tipo tan raro el tal Schemer! —exclamó Tony. ¿No te has fijado en el lastre de temores que lleva a cuestas? No creo que sean infundadas, pues yo descubrí en Detroit que los de Vantucci le tienen ojeriza. Es un sujeto sospechoso para la banda, y él lo sabe, pues vive asustado.

—¿Y si fingiéramos trabajar con él? —propuso Dennis. Creo que es una idea práctica. En cuanto solucione mis asuntos con Shiv Traiano, nos ocuparemos de este tipo. ¿No te parece señor... Galvani?

Cuando, a las pocas horas, Paul Miller vio que Dennis le entregaba un billete impreso únicamente en una de las caras, exclamó visiblemente contrariado:

—¿Qué ocurrencia es esta?

—Le di bastante papel para cuatro billetes y ahora resulta que...

—Estropecé tres en las pruebas —explicóse Dennis— y enterré el sobrante. Hay que evitar peligros, ¿no les parece?

Miller y Shiv, que estaba presente, se callaron al reconocer que Dennis tenía razón. Acaso pensarán que lo más prudente

era disimular con objeto de no crear recelos en aquel muchacho tan listo, cuya colaboración podía serles preciosa. Y prefirieron desviar la conversación y atenuar la violencia que les subía hasta la garganta; a trueque de traducirse en palabras de desconfianza.

—Muy buena reproducción, amigo — exclamó Miller. Con nuestro papel y esas planchas el negocio tomaría un gran incremento.

Pero Shiv no podía contenerse y volvió a las andadas:

—Déjeme las planchas.

Y pareció que iba a abanzarse sobre él para quitárselas. Pero Dennis fué más rápida que Shiv Traiano y sacándose la que llevaba en el bolsillo se la entregó tranquilamente:

—Esta es sólo el reverso — exclamó Miller al verla.

—La sé. Pero no teman. Les daré las dos con una condición: la de hablar antes personalmente con su jefe.

—¿Cómo sabe usted que no soy el jefe? — le atajó vivamente Shiv.

—Le dan demasiadas órdenes por teléfono — contestóle Dennis que horas antes había oído esta observación de labios de su compañero Tony.

Y con estas palabras el astuto agente se retiró del domicilio de Shiv, dejando perplejos a los dos hombres.

Era conveniente entrevistarse con Schemer, y los dos muchachos se dirigieron a su hotel.

—¿Ocurre algo malo? — les preguntó aquel al verles entrar súbitamente.

—No, Schemer — le dijo Dennis para tranquilizarle. Pero... tenemos la impresión de que tú no eres una mala persona.

—¿Por qué dices eso?

—Suéltaselo, Vannie — exclamó Tony dirigiéndose a su compañero. Es mejor que lo sepa.

—¿Qué habéis oído decir? Decídmelo, por favor — les rogó Schemer, positivamente asustado.

—Bien, te lo diremos: ¿qué te ocurre con los de la banda?

—¿A qué te refieres? ¿Qué sabéis?

—Pues lo de todo el mundo: lo de la banda de Tochy, en Detroit. Allí se habla mucho. Y ahí fuera también, por parte de Moxie y los demás. Te compadezco, y te aconsejo que andes con muchísima cuidado con todos ellos.

—Sí, amigos, he observado que me tratan con frialdad, que se apartan de mí... — exclamó angustiado el pobre Schemer.

—¿Crees que hay razón para ello?

Por toda respuesta Schemer exclamó:

—Creo que necesito un baño de vapor.

—Ya también lo necesito — dijo Tony. ¿Vienes tú también?

Dennis se excusó, alegando que estaba citado con Shiv, y cuando Schemer había ya salido de la estancia, aquél no pudo evitar una exclamación para sí:

—Me temo que a Schemer le da un ataque en la cámara de vapor.

UN ENCUENTRO DESGRACIADO

La conversación que Tony y Schemer sostuvieran en la cámara de vapor fué altamente reveladora para el primero:

—Dime lo que sepas, Tony, vamos, dímelo — le suplicó aquel hombre que, en realidad, era un infeliz.

—Ignoro lo que podrá ocurrirte y el por qué, pero sé que estás perdiendo un tiempo precioso.

—Puede que sepas algo, Tony; estoy seguro de que lo sabes, y como creo que sería inútil disimularte nada, usaré de mi cerebro. No falla nunca. Pues bien: no debéis preocuparos por Schemer. ¡Les tengo cogidos a todos! Y no puedes figurarte de qué modo. Sí, es probable que ellos pretendan hundirme, pero yo sé como evitarlo. Pero ¿qué esperáis Vannie y tú? ¿Que esa gentuza os abra los brazos? ¿Por qué no les tracionáis? Tengo un proyecto que creo os convendría. Sería algo magnífico: trabajar por nuestra cuenta. Tú podrías conseguirme aquellas planchas y... ¿Lo harás, verdad?

El monólogo de Schemer era cada vez más angustioso. Unas gotas de sudor perlaban su ancha frente. Tony le escuchaba atentamente.

—Escucha, Tony. No te pesará tratar con el viejo Schemer. Yo suelo estar en la cumbre, en lo más alto, pero tal vez no pueda decir siempre lo mismo, pues las cosas ruedan mal. Yo lo tengo todo previsto: anoté datos muy interesantes sobre los peces gordos de la banda: sé cómo operan; lo que ganan; todo, absolutamente todo, está anotado en un librito. En clave ¡Mi clave! ¿Puede pedirse algo mejor?

—Entonces — exclamó Tony, al fin — ¿Por qué no te vas y los mandas a paseo?

—No; ahora misma voy a telefonar a ese «gran señor» para obligarle a marcharse con esa jauría de lobos.

—Será mejor que lo medites bien. Es peligroso telefonarle — le aconsejó Tony.

—Se hace muy bien las cosas, muchacho.

Los dos hombres se vistieron y se dispusieron a salir del establecimiento de baños. Una vez en la calle, Schemer penetró en un bar para llamar por teléfono al jefe de la banda y decirle:

—Los muchachos no hacen más que fastidiarme. Ordéneles que paren ya el juego... ¿Qué? ¿Dice que está prevenido ya?... Le tengo a usted sobre un barril de pólvora; y si algo me sucediera...

Colgó el auricular, seguro de que sus últimas palabras habían producido una gran impresión a su interlocutor.

Cogió del brazo a Tony y los dos se dirigieron tranquilamente hacia el mercado, con el ánimo de hacer pasar unos billetes falsos.

Schemer puso en práctica su plan, con la adquisición de una libra de uvas, que importaban 9'50.

—Ahí tiene usted un billete— exclamó alargándoselo a la dependienta, la cual se lo cambió al instante.

Pero apenas habían pasado tres minutos cuando un hombre se presentó ante la vendedora para decirle:

—Acaban de darle a usted un billete falso.

—No, señor— le respondió la dependienta, segura de sí misma.

—Pertenezco al servicio secreto. Hay un billete de diez en la caja. Tengo que llevármelo.

—¿Y yo me quedo sin los diez dólares?

—Ya se quedó usted sin ellos, señora. Si tuvieran más cuidado al tomar el dinero no habría tantos falsificadores.

Entretanto Schemer y Tony seguían paseando por el mercado como si tal cosa. De pronto, sucedió algo imprevisto, fastidioso. Una bella muchacha se dio cuenta de la presencia del agente y gritó alborozada:

—¡Tony! ¡Tony Genaro!...

Tony se volvió, y cual no fué su sorpresa al ver que se trataba de una amiga de su mujer. Mayor aún la tuvo cuando se dio cuenta de que la muchacha que tan inoportunamente le había llamado, iba acompañada de Mary Genaro, su esposa.

—Perdone, señorita— le atajó Tony, representando su papel a la perfección—. Me confunde usted con otra persona.

—¡Vaya!— continuó aquella sin comprender—. No tenía idea de que estuviera usted en Los Angeles. Espere: se lo diré a su esposa. Vinimos los dos de San Francisco para pasar el día aquí. Ella estaba segura de que se hallaba usted en Washington.

La situación era de una extrema violencia y constituía, ade-

más, un grave peligro para Tony, pues Schemer oía perfectamente la conversación. Era preciso disimular, convencer a aquella mujer de que estaba en un error.

—Pero ¿de qué me está hablando, señorita?

—Buena, déjese de bromas, señor Genaro. ¡Mary! ¡Mary! Mira quien está aquí. ¡Si es Tony!

Mary Genaro se acercó a su esposo, pero consciente de la gravedad que podía entrañar la verdad en aquellos momentos, supo contenerse y exclamar:

—No la crean. Debe haber perdido la cabeza...

—Pero, Mary, ¿Estás segura de que no es Tony, tu esposo?

—Si lo sabrá ella —exclamó Tony, más tranquilo.

—Claro que sí. Mi marido es más alto y... más guapo. Anda, vámonos, Genoveva, ya hemos paseado bastante.

Y la esposa de Genaro, cogió a su amiga del brazo y se la llevó, mientras Tony exclamaba, dirigiéndose a su acompañante:

—¿Qué te parece el truquito, Schemer?

Mientras se producía esta escena, tan comprometedora para Tony, su amigo Dennis se hallaba en el despacho de Diana, una extraña y seductora mujer que por su imperativa voz y sus ademanes enérgicos daba a comprender que era la directora de la banda de Shiv.

Dennis le había traído una de sus billetes, cuya manufactura impresionó verdaderamente a Diana.

—Estoy segura —exclamó— de que al jefe le interesará.

—¿Tardará mucho? —inquirió el agente.

—No. Ha embarcado hoy en el vapor «Mariposa», pues compró un cargamento de papel.

—¿No habrá peligro en la Aduana? —intervino Paul que también se hallaba en la estancia.

—No; lo envían envolviendo un lote de antigüedades chinas. Está a bordo del «Higgins». La Aduana se preocupa más del contenido; allí es donde buscan el contrabando.

Estos datos presentaban un gran interés para Dennis, el cual, dispuesto a saber más cosas, preguntó a Diana:

—Por lo que veo es usted el jefe.

—¿Y por qué no? —respondióle ella, sonriente e intrigada ante el aplomo de aquel apuesto muchacho.

—Pues si el jefe es usted, después de haber visto operar a su gente puedo decirle que es una buena domadora de fieras.

—Tenga entendido que es usted difícil para tratar en negocios.

—Yo no diría eso, señorita Simpson. Depende de la naturaleza de los negocios.

—La naturaleza de los negocios es su misma esencia, señor Harrigan: negociar.

Llamaron al teléfono era para Diana.

—Acabo de examinar esta joya... Sí, sí... Me ocuparé de eso, inmediatamente.

Estas breves palabras fueron suficientes para que Dennis comprendiera que había un superior a quien no conocía todavía. Y con su aplomo habitual, exclamó:

—¿Lo está viendo? No es usted el jefe.

—No lo soy —respondióle Diana tranquilamente — pero para verle habrá de entenderse conmigo. Le haré saber su decisión oportunamente.

Con estas palabras, Diana dió por terminada la conversación y penetró en un despacho. Dennis trató de ver quién había allí, pero no le fué posible conseguir lo que quería. El hombre a quien

la señorita Simpson iba a consultar algo, se hallaba puesta de espaldas a la puerta.

Dennis se retiró obedeciendo una indicación de Shiv, quien permaneció en la estancia.

A los pocos segundos, Diana salió del despacho para dar una orden a Shiv: — Respecto a Schemer... deshaceros de él.

Esta orden como cuantas se les daban, fué cumplida a rajatabla. El encargado de eliminar a Schemer fué el terrible Moxie.

Conocedor de las costumbres de su barrigudo compinche, se dirigió al establecimiento de baños de vapor que éste frecuentaba.

Schemer quedó francamente sorprendido al verle por allí.

—No sabía que tomaras baños de vapor — le dijo.

—No los tomo... Oye una cosa, Schemer: si se estropearon estas tuberías uno podría morir asfixiado aquí.

—Sí, claro... No había pensado en ello... —dijo Schemer sin dar importancia a aquellas aceradas palabras. Y tratando de cambiar el rumbo de la ingrata conversación, continuó —: Celebro que hayas venido, Moxie. Tenía que hablarte de Tony. En el mercado tropezó esta mañana con una señora. Creo que es su mujer y Tony dice ser kiltero. Otra cosa: Tony me propuso una doble transacción con las placas.

—Con que hizo eso ¿eh?

—Sí, trató de interesarme en el negocio. Imagínate.

Pero Moxie en aquellos momentos tenía una misión especial, concreta: eliminar a Schemer. Luego ya ventilaría el asunto de Tony. Y con una mirada profunda, fija, centelleante se fué acercando a su desventurado compañero. Luego, se hizo para atrás sin dejar de mirarle. Abrió la puerta del cuarto de baño y en aquel mismo instante destrozó una de las tuberías de vapor.

para salir rápidamente dejando a Schemer en tranco de asfixiarse.

—¡Maxie! ¡Maxie! — gritó éste, visiblemente angustiado —. ¡Maxie! Hemos sido amigos. Cuando yo estaba arriba te ayudé ¿no lo recuerdas? ¿Quieres que nos asociemos? ¡Maxie!, ¡Maxie!

Pero Maxie, que le contemplaba a través de los cristales que separaban el cuarto del pasillo, permanecía inmóvil, con la mirada fija y un rictus irónico, sarcástico, cruel en sus finos labios.

—¡Maxie! ¡Maxie! ¡Abre la puerta! — seguía gritando el infeliz.

Fué inútil. Las súplicas de aquel hombre no pudieron ablandar el duro corazón de aquel que hasta entonces había sido su amigo o por lo menos había fingido serlo.

Unos instantes después, Schemer dejaba de existir. Maxie se marchaba para dar cuenta de su infame cometido y para comunicar a Shew y a Tony Galvani era tanto o más peligroso que aquel a quien acababa de asesinar.

VICTIMA DE SU DEBER

Cuando después del hecho anteriormente relatado, acudió Dennis O'Brien a la casa de Shiv Traiano, éste le atajó sin preámbulos:

—Su amigo Tony no está casado ¿eh?

Dennis, que estaba advertido por su compañero, de lo que había ocurrido en el mercado, le respondió tranquilamente:

—El sabrá si lo es.

—Esto es importante, Harrigan. Tony dijo que no lo era. ¿Cuál es la causa de tal ocultación?

—Lo ignoro, Shiv. Conozco a muchos hombres casados que, cuando les conviene por una u otra razón, lo niegan. Tal vez Tony sea uno de ellos.

—Hay algo más que eso; algo que no deja de inquietarme. Schemer le dijo a Moxie que Tony le había propuesto un doble trato con las planchas.

—Schemer mentía al decir eso — exclamó Dennis vivamente indignado.

—No, Schemer no mintió. Sabía que era su última hora. ¿Por qué había, pues, de hacerlo?

—Espera, Harrigan, pues tengo que decirle algo más: Bronie, «el Horizontal» acaba de averiguar que Tony pidió una conferencia telefónica con San Francisco y preguntó si había regresado ya su esposa, la señora Mary Genaro... «el Horizontal» le arrebató entonces el teléfono. ¿Lo ve Harrigan? Schemer dijo la verdad. Este hombre no se llama Galvani, como hasta ahora nos ha hecho creer, sino Genaro.

—Tal vez sea un apodo. La verdad, no salgo de mi asombro. en fin, ya solventaremos el asunto — concluyó Dennis, deseoso de salvar a su amigo y compañero y al mismo tiempo de conservar la confianza que habían puesto en él aquellos hombres.

Lindsay, el agente que servía de enlace, oyó de labios de Dennis los términos de la conversación que unas pocas horas antes éste había sostenido con Shiv. Poco después, Lindsay conseguía localizar a Tony contemplando el escaparate de una tienda céntrica. Se le acercó, y con la necesaria discreción le dijo en voz baja:

—Sospechan de tí. Dennis dice que te siguen los pasos. Abandónala todo y lárgate inmediatamente.

Entretanto Dennis volvía al domicilio de Shiv, dispuesto a ponerse al corriente de los acontecimientos, cuyo desenlace podía ser fatal para su amigo Tony.

Apenas hubo entrado Dennis en el salón de juego, Shiv se levantó y, abordándole francamente, le hizo saber:

—Su amigo es uno de la T. Blackie acaba de decírmelo por teléfono.

—¿Quien ha contado ese cuento estúpido a Blackie? —inquirió Dennis con objeto de saber más cosas.

Pero en aquel momento entraron en la habitación dos hombres terribles: Maxie y Brownie.

—¿Qué buscáis aquí? —les preguntó Shiv al verles de nuevo en su casa.

—Venía a decirte que he seguido a Tony, pero se me ha escapado.

—¿Registraste su habitación?

—¿Para qué? No iba a estar allí —respondió Brownie.

—¡Idiota! es uno de la T; —gritó Shiv, exasperado.

La posición de Dennis resultaba harto difícil en aquellos momentos. Una defensa de su amigo Tony podía costarle muy cara, y al mismo tiempo deshacer los planes que con tanta habilidad y tanto riesgo había realizado hasta entonces con la colaboración de su buen amigo. Atacar a Tony era algo que repugnaba a su conciencia. Pero no había más remedio que seguir fingiendo, por lo que con voz resuelta y aire decidido exclamó:

—Ya le ajustaré yo las cuentas a esa cara de mono.

—Todos se las ajustaremos! —corroboró Maxie que, por lo visto, no tenía depositada una confianza absoluta en Dennis O'Brien.

Pocos momentos después Brownie, Maxie y Dennis se presentaban en la habitación del infortunado Tony Galvani. Este se hallaba revolviendo unos papeles, pues, a causa de las palabras que el agente de enlace le había susurrado al oído, había adoptado la determinación de abandonar cuanto antes el hotel y la ciudad.

—¿Está ocupada nuestro hambrecito? —le soltó Maxie al entrar.

Tony no tenía otro recurso que mostrarse como lo que verda-

deramente era, aún ello supusiera el sacrificio de su propia vida, en cumplimiento de su deber.

—Pero ¿no os disteis cuenta de que os había descubierto... a todas vosotras?

Su leal amigo Dennis O'Brien, que supo medir exactamente el valor de aquellas palabras, no pudo contener una exclamación de dolor:

—¡Tony!

Pero éste persistió en aquella confesión que tan cara había de costarle. Y dirigiéndose a su amigo, exclamó:

—Y tú, Vannie, ¿siempre tan listo! ¿Tampoco lo advertiste? ¿Tampoco pudiste adivinarlo a pesar de convivir conmigo? Eres tan cándido como...

Sonó un disparo. Tony Genaro se desplomó en el suelo, mortalmente herido:

—¡Canallas!

UN HALLAZGO DE INTERES

Por aquel trozo de papel de procedencia china, con el que los falsificadores hacían sus billetes, sacrificó su vida el valiente Tony Genaro. Pero su compañero Dennis O'Brien tenía que seguir adelante. ¿Con qué elementos de juicio podría continuar su difícil empresa? En aquellos momentos contaba con uno nuevo, de suma importancia: el libro en clave de Schemer que Tony había podido obtener, y que Dennis encontró en su armario.

Aquel libro constituía una verdadera mina de información, teniéndose en cuenta sobre todo que la clave era sencillísima: una trasposición de letras inglesas a griegas que, al descifrarse, revelaron ganancias ilegales, ganancias en los garitos, en los licores, robos, falsificaciones. Un verdadero record en los anales de la falsificación.

De las manos de O'Brien el librito en cuestión pasó a las de Carson, el jefe del servicio.

—Estas notas — exclamó el experto funcionario — nos ofrece

uno de los mayores casos de evasión de impuestos que se ha producido desde Al Capone. No sólo es un asunto de falsificación, sino algo más para el Intelligence Unit.

—¿Qué sabe usted de Dennis O'Brien? —inquirió Carson, a Lindsay, el agente que actuaba como enlace.

—Espero que esta noche se enfrentará con el jefe de la banda. Irá provisto de la otra plancha.

—Pues debemos estar preparados para acudir allí en cuanto nos avise. Vea usted a O'Brien y comuníquele que rescate la plancha y abandone la ciudad.

Puestos en contacto, Lindsay y Dennis, éste se dispuso a rescatar la plancha tal como su jefe superior se la ordenaba. El trabajo resultaba, desde luego, algo difícil, pues en aquellos momentos Moxie, uno de los individuos más peligrosos de la banda se hallaba no sólo en la habitación que O'Brien ocupaba en el Hotel, sino afeitándose en el mismo lavabo donde aquel había escondido unos días antes la plancha que ahora le interesaba obtener de nuevo.



Mientras Moxie iba pasándose por el rostro la máquina de afeitar eléctrica que Dennis le había prestado, el agente se paseaba tranquilo y sereno, a lo largo de la habitación, y Brownie, cómodamente sentado en una butaca, observaba todos sus gestos.

La situación era extremadamente delicada para el audaz muchacho, pues además de recoger la plancha, tenía que hacer des-

aparecer un papel comprometedor que guardaba en uno de los cajones del armario.

Con la máxima discreción posible se dispuso a hacerla. Cogió el papelito, lo leyó para enterarse bien de su contenido y... En aquel instante oyó que Brownie se levantaba de su asiento. Persuadido de que este hombre había advertido su maniobra, optó por tragarse el papelito.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? Este armario es mío desde que ocurrió lo de Tony...

—¿Ah, sí? Lo siento, Brownie. Estaba buscando algo: una pastilla de chicle.

—¡Chicle! ¿Puedes darme una tableta?

—Claro, pues no faltaba más, toma —y en efecto se la largó.

Después de haberse librado de Brownie, y de obtener su primera victoria de la noche, Dennis O'Brien se dirigió hacia el lavabo con el ánimo de recuperar la plancha.

—¿Qué es lo que quieres, Harrigan? —preguntóle Maxie, que seguía afeitándose —. ¿Que te devuelva la máquina? Pero... ¿por qué me miras? Observo que hace un par de días me vienes observando de un modo raro.

—Te miro —respondióle Dennis, con aparente tranquilidad— porque creo que tienes alguna preocupación.

Callaron los dos hombres. Y mientras Maxie daba los últimos toques a su afeitado, el agente, fingiendo que se enjugaba las manos que acababa de lavarse, pudo recoger la plancha y ponérsela discretamente en el bolsillo. Ya estaba a punto de conseguir su segunda victoria. Pero faltaba lo más importante acaso: salir de la habitación sin que nadie le cerrara el paso. Y eso fue lo que se dispuso a hacer.

—Vuelvo en seguida —dijo—. Voy a comprar unos cigarrillos. Pero apenas hubo abierto la puerta cuando se encontró frente a frente con Shiv Talano, el cual sin perder su sangre fría, exclamó:

—Fuma usted demasiado, Harrigan. El jefe le está esperando con la otra plancha. A propósito ¿la tiene usted?

—Sí, la tengo, pero he pensado mejor el asunto. No interesa, a causa del asesinato de aquel hombre. No me gusta el negocio y me resisto a participar en él.

—Pero ¿qué tepasa? —intervino Maxie—. ¿A qué vienen tantos escrúpulos? Venga la plancha.

—No la llevo.

Pero Maxie había advertido el gesto de Dennis al apoderarse de la plancha, y poniéndole la mano en el bolsillo la sacó, ante el natural estupor del agente.

—¿Vendrás con nosotros o tendré que obligarte? —se limitó a decirle.

—Bien, iré.

A TIRO LIMPIO

Aquellas hombres le condujeron al despacho de Diana, la mujer que O'Brien había supuesto, por unos momentos, que era el jefe de la banda. El despacho se hallaba en el interior de un barco, precaución que ellos habían adoptado para una mayor seguridad, pues difícilmente se operan registros en tales lugares.

En cuanto le vió entrar, Diana preguntó a Dennis si traía la plancha.

—Sí, señorita Simpson; pero no creo que sea este el momento oportuno para negociar.

—Se preocupa demasiado, señor Harrigan.

—Perfectamente; hablemos del asunto.

Pero cuando se disponía a sentarse, Diana, con extrema violencia, ordenó:

—¡Sujetadle! ¡Mintió usted abiertamente! ¡El jefe cree que se trata de un grabador conocido cuyo nombre consta en la Tesorería!

—¡No puede ser! — exclamó Dennis, haciendo un supremo esfuerzo para no malograr todo cuanto hasta entonces había hecho —. Yo mismo le ayudé a colarse en el país. Nadie sabe que este grabador se halla aquí.

—Lo siento, señor Harrigan — le respondió Diana —, pero no queremos arriesgarnos.

—Señorita Simpson, quiero decirle algo de interés: entre ustedes hay uno que aclararía este punto. Se trata de Paul Miller, su técnico. El sabrá si esas planchas están controladas o no. ¿Por qué no lo llama?

Dennis se jugaba el todo por el todo. Su suerte, y la de sus investigaciones, dependía de lo que Paul Miller dijera... y dependía también de lo que tardara, pues el agente sabía, por su enlace Lindsay, que sus compañeros habían salido en su auxilio armados hasta los dientes y dispuestos a terminar con aquella banda.

Paul entró en la estancia a requerimiento de Diana.

—¿Ocurre algo, Diana?

—Échale un vistazo a esto, Paul, y dime si reconoces el grabado — le rogó, tendiéndosela.

—No puedo identificarla. Sólo advierto detalles de tipo europeo — anunció Miller —. No hay ningún riesgo.

—¿Estás segura? — inquirió Diana.

—Ya conoces mi competencia en la materia — concluyó Miller. Y, dirigiéndose a Dennis, le rogó que le acompañara.

Salieron los dos a la pasarela del barco. Una vez allí, y creyendo que nadie de los de la banda le oía, Miller se sinceró con Dennis:

—Sé que es usted agente de la Tesorería. Lo supe en el momento en que vi la plancha. Se trata de un trabajo de August Bauman, porque vi la marca en el sello. Ustedes la tenían desde

que le detuvieran. Oiga, agente: sé que todo está perdido para nosotros, y a pesar de que no ignora que me juego la vida, quiero servir al Gobierno de testigo.

Dennis estaba sorprendido, pues no esperaba aquella confesión sincera y brutal. Paul Miller continuaba diciendo:

—He evitado que lo matasen allí. Le he salvado la vida, pero ahora debemos hacer un trato.

Mientras se desarrollaba esta escena, los coches de la policía avanzaban rápidamente por los muelles dispuestos a llegar cuanto antes a bordo del petrolero «Higgins», que servía de guárdia a la banda de falsificadores.

—¡Muelle 1-8-1, a escape!— iba diciendo Gregg ante el micrófono—. Aquí S. S. 4-3-4. A todas las unidades destacadas en S. S.: que vayan inmediatamente al muelle 1-8-1.

En aquel mismo instante el cuerpo de Paul Miller se desplomaba pesadamente. Alguien que había oído su conversación con el agente había disparado contra él desde la cabina.

Había llegado el momento decisivo para Dennis. Si lograba entretener a aquellos hombres, en espera de que llegasen los esperados refuerzos, estaba salvado; si no podía contenerles, allí quedaría, sacrificado como su compañero Tony. Pero poco le importaba a Dennis O'Brien el sacrificio de su vida, sabiendo que sería vengado poco después.

Se inició la lucha, una lucha a tiro limpio entre aquel hombre audaz y los componentes de la banda. Pertrechados uno y otros, iban vaciando sus respectivos cargadores; Brawnne, el «Horizontal», cayó en la refriega. Y unos minutos más tarde era Dennis, a quien una bala certeramente disparada, atravesaba.

Lentamente, con paso incierto y vacilante, el agente avanzó por la pasarela dispuesta a seguir haciendo justicia. Había que

jugarse el todo por el todo. Moxie, aquel hombre sin conciencia, se hallaba frente a él, con el arma en la mano, pero con el cargador completamente vacío.

Se enfrentaron los dos, Y Dennis, haciendo un supremo esfuerzo físico, apretó el gatillo.

—¡Vannie!... No ¡No!—gritó Moxie, apelando a unos sentimientos de generosidad que él había sido incapaz de sentir para nadie.

Las últimas balas de que Dennis disponía fueron dedicadas a Moxie. La muerte de Tony Genaro había sido vengada.

Vibraban todavía en el aire los últimos disparos cruzados entre O'Brien y sus perseguidos, cuando sonaron los de los agentes capitaneados por Gregg. En pocos minutos ocuparon los puntos estratégicos del petrolero, mientras dos guardias recogían el cuerpo exánime de Dennis.



Las fuerzas del Departamento del Tesoro pegaron duro y rápido. Efectuaron unos registros simultáneos y provechosos en el Club Trinidad y en la West Coast Camera Center. En Detroit la banda de forajidos de Vantucci fué puesta a buen recaudo, y entre tanto, la policía china invadió una fábrica de papel, cuyo misterioso jefe era detenido, resultando ser Oscar Gaffnet, encubierto

como coleccionista de antigüedades y considerado como un filántropo y líder social.

El agente O'Brien, curado de sus graves heridas, volvió otra vez al servicio activo. Y la señora Mary Genaro guarda en su corazón el recuerdo de su esposo, muerto en el cumplimiento de su deber, en aras de la paz ciudadana de una gran nación.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

(Serie Alfa)

2'50 ptas.

Cuidado con lo que he-
ces.
Por la dama y el honor
María Estuardo
El profiero millonario
Los patrones de la gloria
La bella rebelde
Buscando fama
Una mujer imposible
El hombre del Nígar
Extraños en luna de miel
Fruto dorado
Andrés Harvey, tenorio.
El viceroy del marqués.
Irene
Una hora en blanco
La batalla
La familia Robinson
El valle del sol
Quién conquista a la
mujer
Casados sin casa
La mujer de las dos ca-
sas
Luna llena
La hora radiante
El signo de la cruz
Cuando ellas se encuen-
tran
El rapto de Leusa
Una chica se divierte
El Club 400
Una mujer audaz
La vuelta del Rana
El gran jefe
Cuando los hijos se van
Otra vez más
Juventud ambiciosa
El sospechoso
Matrimonio de inconve-
niencia
Una chica afortunada
La dama del tren
Documento X. 3
Tata

Michael Redgrave
Paul Lukas
K. Hepburn
Gene Raymond
James Cagney
Ann Southern
Don Ameche
Jenny Jugo
Victor Francen
Hugh Sinclair
Gable - Colbert
Mickey Rooney
Armando Falconi
Ana Nagle
Franchot Tone
Charles Boyer
F. Bartholomew
I. Craig, L. Ball

M. Hopkins
Menjou-P. Negri

Greta Garbo
J. MacDonald
Joan Crawford
Friedrich March

Joan Crawford
Joan Fontaine
Jean Arthur
Anne Shirley
Lupe Vélez
Victor MacLaglen
Fernando Soler
Ronald Colman
William Holden
Ch. Laughton

Diana Barrimore
Jean Arthur
Diana Durbin
Isa Miranda
C. Colbert

«Nueva serie»

3 ptas.

Olivia
El duque de West Point
El nuevo Zorro
Rutas infernales
Hombres intrepidos
El Canon
La ruta del Este
¿Crimen o suicidio?
¿Qué finde se Michae-
el?

K. Hepburn
Joan Fontaine
John Carroll
John Wayne
John Wayne
John Hall
John Ayer
Paul Kelly

Tito Guiszar

«Serie especial»

3'50 ptas.

Cuando quiere un mexi-
cano
Así se quiere en Jalisco
Diego Bandera
París

Jorge Negrete
Jorge Negrete

«Serie especial»

3'50 ptas.

Jorge Negrete (Blegra-
tia)
La cámara diabólica (1.^a
parte)
El rayo de la muerte
(2.^a parte)
La Dolores
Tarzan de las fieras
La madrina del diablo
Sargento York
Seda, sangre y sol
Una carta de amor
Una mujer internacional
Mi novia está loca
(Ay Jalisco, no te exjes)
También somos seres
humanos
La venganza de Lagar-
dora
Camino de sacramento
Destino
Extraña mujer
La dama de la frontera
Mosenita Clara

Jorge Negrete
Jorge Negrete
Flash Gordon
Flash Gordon
Arturo Godoy
Buster Crabbe
Jorge Negrete
Gary Cooper
Jorge Negrete
Jorge Negrete
George Brent
Dennis O'Keefe
Jorge Negrete

Burgess Meredith

Jorge Negrete
Jorge Negrete
Ingrid Bergman
Hedy Lamarr
Yvonne de Carlo
Evita Muñoz
(Chachita)
Lilialdo Lay

Montecassino

«Serie especial»

4 ptas.

El Ametrallador
¡Viva mi desgracia!
Como México no hay
dos
Y una
El fanfarón
Una canción en la noche
Aladín y la lámpara
maravillosa
Mujercitas
Gran Casino
Hombres de paja
El mundo celestial
El ahijado de la muerte
Los tres García
El verdugo
Noche eterna
Pasión que redime
Nunca lo olvidaré
Noche y día
El barco de la muerte
Paula
Perla maldita. Sherlock
Holmes
Fantomas contra fanto-
mas

Pedro Infante
Pedro Infante
Tito Guiszar
Sail Jarrel
Jorge Negrete
Domingo Soler
Cornel Wilde
Joan Crawford
Jorge Negrete
John Wayne
Hedy Lamarr
Jorge Negrete
Pedro Infante
Margarita Anderson
Henry Ford
Hedy Lamarr
Irene Dunne
Cary Grant
Glenn Ford
Glenn Ford

Basil Rathbone

Aime Clariond

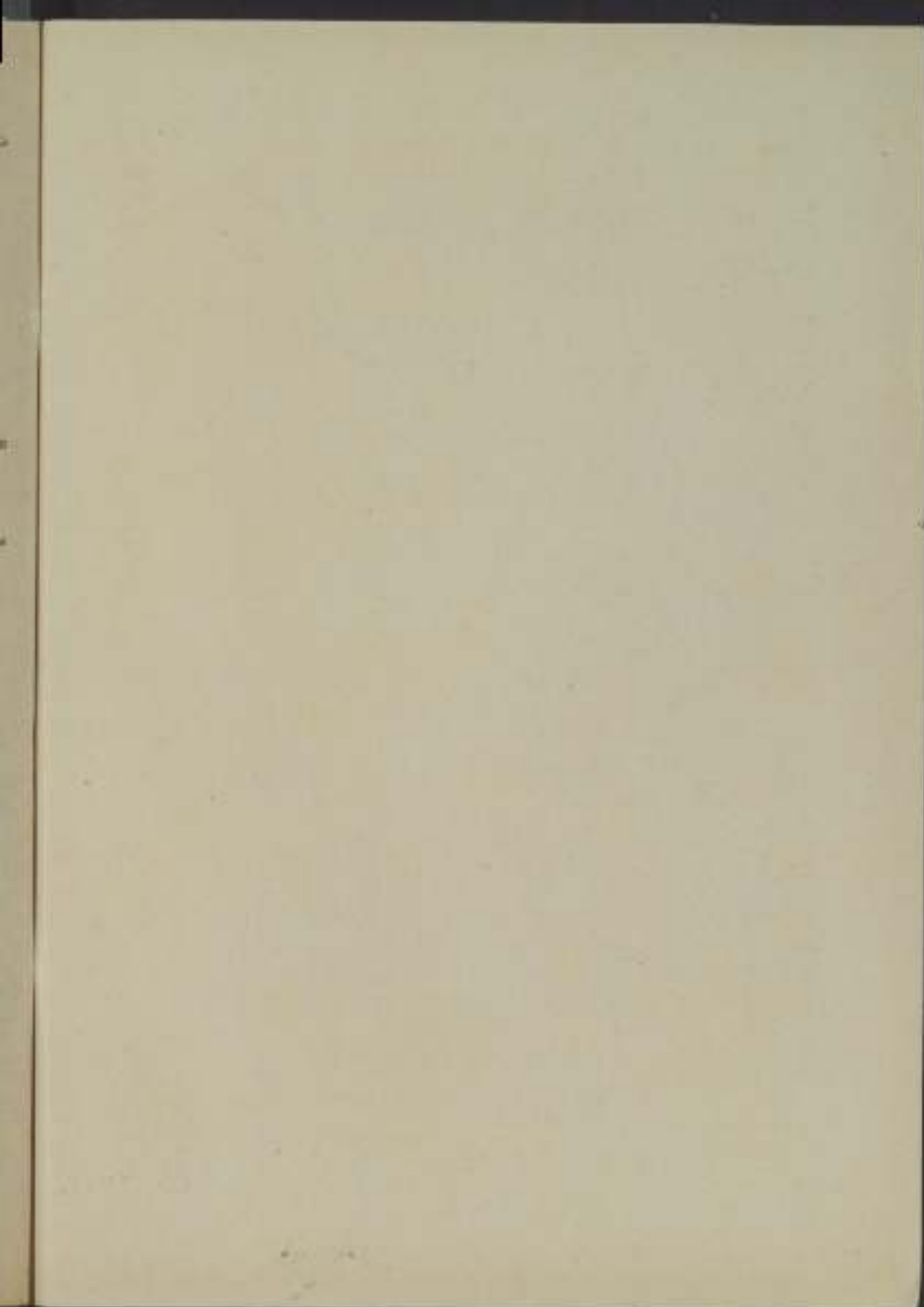
BIBLIOTECA CINE NACIONAL

«Serie especial»

4 ptas.

Don Quijote de la Man-
cha

Rafael Rivelles



CANCIONERO

de  **Editorial ALAS**

1 peseta

NEGRETE
IRMA VILA
LA R-DJANITA
MARIA ELVIRA
JUANITA REINA
NINO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
NINO DE ORIHUELA
CARMEN MORELL
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
MARGARITA SANCHEZ
RUISEÑORES DEL NORTE
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
IMPERIO DE TRIANA
MONIQUE THIBAUT
JOSE LUIS CAMPOY
ALFONSO GUERRA
PEPE MARCHENA
ALICIA MUÑOZ
LOLA FLORES
JOSE MARIA

RAFFLES
ANCEL SANZ
PEPE BLANCO
JUANITO PERA
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
LA GITANA BLANCA
MANOLO CARACOL
NINA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDERRAMA
CORALILLO DE GRANADA
LOS MEJORES CANTARES
VIVA EL FOLKLORE
ANTONITA MORENO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOSO ¡Tangos!
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
REPITA LLACER
LOLA ALEGRIA
LOS PONCHOS
LUIS ARAQUE

2 pesetas

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Estilistas Calés - Cinco Estrellas Calés - Cinco estrellas del Hot - Trio Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila - Antonio Machin - Curro Lucena - Bronce y Seda - Arriba Va - Estrellas de la Radio - Negrete, Irma Vila y Trio Calaveras - Pepe Blanco - Mario Visconti - Ritmos cubanos - Grandes figuras del folklore - Carlos Gardel - Paquita Rico - Agustin Irusta - Antonio Amaya - Cancionero Internacional - Chavalillos de España - Boleros de moda - Melodías de hoy - Juanito Valderrama - Xavier Cugat - Ramon Evaristo - Bonet de San Pedro - Melodías de color - El Gran Israel - Juanita Reina.

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

4 Ptas.